

0238. Santo Tomás de Aquino

¿Nos hemos dado cuenta de las veces que oímos a los sacerdotes en la predicación de la Iglesia citar a Santo Tomás? Lo dicen muchas veces así, sin completar el nombre, y lo mismo podrían referirse a Tomás el Apóstol, que a cualquier otro Tomás del calendario.

Pero, no. Cuando dicen *Santo Tomás* a secas, ya se entiende que es *Santo Tomás de Aquino*, del que se ha dicho con buen humor: *Santo Tomás, uno y no más*. Porque no hay esperanzas de que surja en la Iglesia ni en el mundo otro Tomás como Tomás de Aquino..., una lumbrera tan potente del saber cristiano, que no palidece nunca su luz y cada vez parece que brilla más.

De familia noble y rica, entre sus parientes —antepasados, padres, tíos, hermanos—, hay guerreros, obispos, abades... Pero su gran gloria será este niño, el número doce y último entre sus hermanos. A los cinco años, es encomendado a los hijos de San Benito en Montecasino. Educación escolar esmeradísima, unida a una finura espiritual impropia de un niño, que pregunta inquieto cuando tiene sólo unos siete años: *¿Qué es Dios?...* Pregunta que se hace repetidamente, sin que nadie se la llegue a responder.

Inicia la juventud, y contra la voluntad de todos los suyos decide meterse en la joven Orden de Predicadores. Será Dominico a pesar de todos los pesares. Como se ha escapado de casa, se le persigue con ejército bien montado. Dan con su paradero, y su madre, la condesa buena, pero enérgica y autoritaria, ordena encerrarlo en el castillo. Una prisión para que Tomás se olvide de todos esos sus propósitos tan descabellados... Pero Tomás aguanta. Estudia con los libros que le meten clandestinamente, hasta que un hermano suyo, soldado de pocos escrúpulos, ensaya la última y más decisiva prueba. Le introducen de noche en su reclusión una amiga de belleza singular, a la que han ensayado previamente: *¡Tienes que rendirlo!...*

Tomás siente todo el empuje de la pasión, pero también toda la fuerza de la gracia. Se lanza al fogón de la chimenea, agarra un tizón encendido y lo arroja con decisión contra la provocativa mujer. Después, traza una cruz con el

mismo tizón en el muro y se arrodilla ante ella. El joven Tomás, de veinte años, suda, jadea, y se duerme agotado. Entonces tiene una visión del Cielo que se ha hecho clásica: ve descender dos ángeles que le rodean la cintura con un ceñidor incandescente. Tomás despierta lanzando un grito de dolor. Podía estar tranquilo. Todo venía de Dios. En adelante, será un ángel por su pureza el que por su sabiduría será conocido como el *Doctor Angélico*.

Es toda un aventura, pero al fin logra escaparse de aquella prisión familiar. Los Superiores de la Orden lo mandan a Colonia en Alemania y después a París. Es un alumno sobresaliente. Pero no habla casi nada, y los compañeros se divierten llamándole *buey mudo*. Su egregio Maestro, San Alberto Magno, es el primero en intuir la grandeza intelectual de Tomás, del que profetiza: *Un buey mudo, sí; pero un día sus mugidos se oirán por toda la tierra*.

Ordenado ya de sacerdote, le confían sucesivamente las cátedras más comprometidas de París primero, otras en Italia después, hasta la de Nápoles su ciudad natal. Porque la profundidad de pensamiento de Tomás asombra a todos. Nadie se explica aquella lucidez. Y nadie tampoco sabe su secreto más íntimo. Ciertamente que tiene un talento genial. Pero hay algo más. Los ratos largos que se pasa en oración ante el Sagrario, le inundan de luz. Y confía a un alumno su autorretrato, cuando le da un consejo:

- *¿Quieres sobresalir en la ciencia? Procura esto: pureza exquisita de conciencia; aplicación incansable en las horas de estudio; esfuerzo para comprender cuanto se lee y oye; y refugiarse cuanto se pueda en la sala de las armas del espíritu.*

Total: oración, pureza, esfuerzo..., como quien no dice nada. Esto era Tomás, el que a ocho siglos de distancia sigue y seguirá siendo el primero y más indiscutido Maestro...

Tomás es Dominicano, la Orden de los Predicadores. Y hace honor a su profesión. Predica en Roma, y hace romper en lágrimas al auditorio al hablarle emocionado de la Pasión de Jesús. Llega la Pascua, y les hace a todos estallar

de alegría cuando les une al gozo de la Virgen al ver a su Hijo resucitado. Es la realización de su principio, tan repetido hasta hoy día: *Contemplar, y entregar a los demás lo contemplado*. Todo cuanto veía y entendía en la oración lo sabía comunicar a los demás en la predicación y enseñanza.

El Papa Urbano IV le encomendó que le compusiera la Misa, el Oficio y todo lo relativo a la Fiesta del Corpus. Salió una obra suprema. Aún hoy no nos hemos cansado de cantar sus himnos incomparables: el *Pange lingua*, el *Tantum ergo*, el *Lauda Sion*, el *Adoro te devote...* En el original latino o en las traducciones populares, todavía siguen nutriendo nuestro espíritu cuando exponemos el Santísimo.

Tomás era sabio, y sus obras, sobre todo la Suma Teológica, es el mayor monumento de la ciencia cristiana. Sin embargo, un día Tomás dejó de escribir. No quiso seguir más. Puesto en la más alta oración, vio y entendió tales cosas de Dios, que dijo después:

- *Todo lo que he escrito es pura paja.*

Esto es lo que decía él. Pero una vez se le apareció Jesús, y le dijo: *Tomás, has escrito muy bien de mí. ¿Qué quieres como premio?* Y la respuesta de Tomás no cansa el meditarla: *¡Señor, a ti mismo!...*

Cuarenta y nueve años nada más, y Tomás ha acabado su carrera. Su obra es increíble. Si hubiera sido sabio nada más, lo hubiéramos admirado. Pero siendo un espejo de santidad tan extraordinario, Tomás sigue arrastrando muchos corazones hacia Dios...